

## ADAM SMITH EN PEKÍN. ORÍGENES Y FUNDAMENTOS DEL SIGLO XXI<sup>1</sup>

Actualmente G. Arrighi puede considerarse uno de los mejores representantes y uno de los más importantes referentes a la hora de explicar la evolución de la economía-mundo-capitalista. En este libro continúa desarrollando algunas de las tesis ya magistralmente expuestas en sus anteriores obras *El Largo siglo XX* y *Caos y Orden en el Sistema Mundo Moderno*<sup>2</sup>.

A partir de este marco conceptual el autor se plantea en esta obra un objetivo doble:

Por una parte analiza el doble camino de ascenso y declive del *Proyecto para el Nuevo Siglo Americano*, entendido como respuesta a los ataques del 11 de Septiembre de 2001 y como un primer intento de crear un imperio auténticamente global en la historia.

Por otra parte estudia el resurgimiento de China, desde los 90 como un estado no vasallo de EE.UU., surgido a partir de la ampliación y profundización de los intercambios. Supone un hecho históricamente desconocido en el continente asiático, muy lejos de la subordinación bajo la que tuvo lugar el crecimiento económico de Japón, Taiwán o Singapur.

Dichos cambios implican el desplazamiento de la economía mundial hacia Asia con lo que se va cumpliendo el vaticinio de A. Smith que preconizaba el equilibrio final de poder entre el Occidente conquistador y el resto del mundo conquistado.

La obra se estructura en cuatro partes:

En la primera, denominada «Adam Smith y la nueva era asiática» contiene un importante armazón teórico, principalmente dedicado a contraponer a los principios teóricos de A. Smith, los de otros economistas clásicos como Marx o Schumpeter.

En base a este análisis, la tesis fundamental defendida por el autor es que A. Smith nunca defendió ni teorizó sobre el desarrollo capitalista. Defiende Arrighi, por el contrario, que su teoría de los mercados como instrumentos de gobierno puede ser especialmente relevante para una comprensión de las economías de mercado no capitalistas, por ejemplo China.

Según él, el carácter capitalista del desarrollo basado en el mercado no está determinado por la presencia de instituciones capitalistas sino por la relación del poder del estado con el capital y la subordinación del estado al interés de clase. En el primer caso se trata de economía de mercado y en el segundo de economía capitalista. Ello ha podido aplicarse a la caracterización de China antes de su incorporación al Sistema Mundial y puede volver a serlo actualmente, aunque ya en un contexto diferente

1. ARRIGHI, G. *Adam Smith en Pekín. Orígenes y fundamentos del siglo XXI*. Madrid, Akal. 2007. 431 págs.

2. *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*. Madrid, Akal. 1999 y *Caos y Orden en el Sistema Mundo Moderno*. Madrid, Akal. 2001.

En la segunda parte trata de explicar los antecedentes de la caída de la hegemonía norteamericana a partir de las «Indagaciones sobre la turbulencia global», título de este apartado. Se inicia haciendo referencia al contexto que empieza a vislumbrarse con la crisis-señal de la hegemonía norteamericana a finales de los 60 y principios de los 70. Es entonces cuando la Guerra de Vietnam demostró que la protección de EE. UU. no constituye un requisito suficiente para conseguir la supervivencia política de cualquier territorio.

Mientras que los EE. UU. llevan a cabo un conflicto muy complejo en un medio hostil los europeos y parte de Asia Oriental se fortalecía como competidor económico y las empresas multinacionales generaban enormes beneficios en el exterior, privando de ingresos tributarios a las arcas nacionales.

Con la derrota estadounidense en Vietnam se inicia el proceso de decadencia de la potencia hegemónica que se refleja en la trayectoria marcada desde lo que era un protector legítimo a lo que es un «chantajista mafioso» (pág, 272). Esa transformación radical de los EE. UU. se manifiesta en una serie de hechos destacables:

- Pierde credibilidad el poder militar norteamericano a la vez que el patrón dólar-oro se derrumba.
- Tras la década de profundización de la crisis, el presidente R. Reagan dejó de lado a las Naciones Unidas, como fuente de legitimidad de la hegemonía norteamericana. Al anterior equilibrio del terror, sucedió entonces una nueva etapa a escala internacional dominada por una importante escalada en la carrera de armamentos, en la que los EE. UU. se ayudaron de «matones» como Bin Laden o Sadam Hussein (pág,270).
- Dados el creciente déficit presupuestario y comercial norteamericanos el gobierno presiona a Japón para que reduzca las exportaciones y utilice parte de su excedente para financiar las cuentas negativas estadounidenses.
- En la primera guerra del Golfo, los EE. UU. actúan para defenderse del peligro que ellos previamente habían ayudado a crear, cuando prestaron apoyo a la dictadura iraquí contra el gobierno de los ayatollas iraníes. A fin de conseguir la colaboración financiera para el conflicto, la potencia norteamericana presionó a sus clientes más ricos y dependientes militarmente como Arabia Saudí, Kuwait, EAU, Alemania y Japón. Esta actuación es también radicalmente distinta a la seguida en los años 80 frente al comunismo, ya que en aquel momento EE. UU. luchaba contra un peligro que sin embargo no había creado.

En el otro lado de la balanza se encuentran los éxitos estadounidenses obtenidos en los conflictos de Bosnia y Kosovo, así como el ascenso de la burbuja de la nueva economía. Ese pequeño salvavidas otorgó de nuevo una cierta credibilidad a los EE. UU. como nación indispensable en el contexto internacional.

La tercera parte del libro está referida al «El desmoronamiento de la hegemonía». Uno de los hitos importantes de esta nueva etapa, que se podría denominar «de dominación sin hegemonía», es el *Proyecto del Nuevo Siglo Americano*, adoptado por G. W. Bush como respuesta a la situación político-económica. Su puesta en funcionamiento

tiene lugar tras el atentado de las Torres Gemelas, ya colapsado el bloque soviético, los EE. UU. interiorizan su consideración de estado más poderoso del mundo con capacidad de operar en la escena global, sin las restricciones que puedan plantearle otras grandes potencias. Dicho informe programático permitió «utilizar un nuevo factor de intimidación para atemorizar al pueblo estadounidense y obtener un respaldo casi unánime del Congreso para la invasión de Irak, que Cheney, Rumsfeld y Wolfowitz habían preconizado durante casi una década» (pág. 189).

Precisamente, otro hito fundamental de esta nueva etapa es el desencadenamiento del conflicto con Irak, que unido al de Vietnam confirma la caída de la superioridad militar occidental. En este contexto de escalada bélica se resucitan términos como Imperial e Imperialismo, a la vez que se va instaurando una nueva etapa de dominación, ya sin hegemonía.

Esta filosofía de los dirigentes norteamericanos aparece plasmada en la *Doctrina de Seguridad Nacional de 2002*, que refleja la posición de EE. UU. como potencia indispensable para evitar que se extienda el caos en el mundo. Para conseguir la seguridad mundial, las fuerzas militares estadounidenses deben ser lo suficientemente potentes, como para disuadir a potenciales adversarios que pretendieran sobrepasar o igualar el poderío militar estadounidense. Unos años más tarde, la realidad ha obscurecido los sueños imperialistas estadounidenses. En efecto, el desastre de Irak ha constituido la fosa del proyecto imperialista norteamericano con un fracaso aún superior al de Vietnam, ya que la enorme superioridad del ejército estadounidense frente a la insurgencia militar iraquí no es comparable a la vietnamita, militarmente mucho mejor pertrechada y además apoyada por la URSS. Es por ello que en esta ocasión la derrota es mucho más dura. Otra prueba de este debilitamiento hegemónico estadounidense está siendo su incapacidad para extraer de sus clientes pagos por protección.

A pesar de la crudeza de la realidad manifestada no solo por dicha derrota, sino también por la disminución de la influencia norteamericana en el mundo árabe y el ascenso del régimen chiíta iraní, los EE. UU. se encuentran en una importante encrucijada, ya que su retirada ahora de Irak envalentonaría a los terroristas y extremistas de todo el mundo. Se trata de una crisis hegemónica terminal, frente a la crisis señal que supuso la guerra de Vietnam. .

Paralelamente se va extendiendo por los EE. UU. la conciencia de que China está siendo la principal beneficiaria del proyecto de globalización diseñado por los gobiernos norteamericanos desde el periodo presidencial de R Reagan. Es por ello que en combinación con sus socios asiáticos tradicionales (especialmente de Japón y Australia) los EE. UU. tratan de controlar de cerca a las potencias asiáticas (especialmente a China) que por otra parte mantiene mejores relaciones con otros países de la región, como la India, Vietnam, Corea o incluso Japón.

Para un futuro próximo es previsible que China supere en PIB a EE. UU. y que su poderío militar siga creciendo hasta el punto que le permitirá expulsar a la potencia norteamericana de Asia. Con ello se volvería a repetir lo que anteriormente EE. UU. hizo en el territorio americano con Europa. Esta nueva redistribución de poder en el contexto internacional puede ser bastante previsible si bien se desconoce si se

producirá a través de una confrontación bélica. Una vez situados en ese escenario, el armamento nuclear podría hacer de arma disuasoria.

La obra se cierra con un cuarto apartado, en el que se abordan algunas cuestiones claves sobre los «Orígenes y fundamentos de la nueva era asiática», que ayudan a entender los cambios en las relaciones de poder en la actualidad.

A principios del siglo XXI el desafío chino está resultando mucho más potente de lo que pudo serlo el japonés en los años 80, ya que parece estar emergiendo como un rival estratégico de EE. UU. y un competidor por el control de los recursos escasos. Es por ello que en EE. UU. se va extendiendo una sinofobia, a la vez que se advierte la falta de una estrategia de estado coherente, capaz de hacer frente al poderío de China, por lo demás plagado de incógnitas para los norteamericanos. Una de las razones que se aducen para explicar esta confusa situación es la excesiva ocupación que para EE. UU. supone el conflicto de Irak.

Ante la enorme preocupación por el alcance y volumen de la capacidad armamentística china, la política norteamericana realiza algunos movimientos para realzar su presencia en el PACOM o bien trata de acercarse a Taiwán lo que se entiende por parte de las autoridades chinas como un atentado a su soberanía.

No obstante, el desafío que China está planteando para el futuro a medio plazo es político y económico, no militar, esfera que quedaría reducida a la autoprotección. En esta línea se sitúan las declaraciones del presidente Hu Jintao (2004) al defender la emersión rápida y pacífica, reflejada en la doctrina de los 4 noes (a la hegemonía, a la fuerza, a los bloques y a la carrera de armamentos) y los 4 síes (generar confianza, reducir las dificultades, desarrollar la cooperación y evitar la confrontación). De hecho, a lo largo de la historia, China no ha llevado a cabo una política expansiva y agresiva con sus vecinos, habiendo cambiado poco sus fronteras. Ello es acorde con la falta de interés de los estados de Asia oriental desde el siglo XVI de construir imperios extensos, en competencia mutua y a lanzarse a una carrera de armamentos comparable a la europea. La expansión territorial estuvo ausente de Asia Oriental que disfrutó de periodos de paz mucho más duraderos entre los que China consolidó su posición como la mayor economía de mercado. Si el crecimiento económico espectacular de China se mantiene durante décadas puede llegar un momento en el que se lance a una intensa competencia en asuntos de seguridad que conlleven grandes posibilidades de guerra.

El autor ayuda a desmontar algunos mitos bastante asentados como, por ejemplo, que los estados nacionales y su organización en un sistema interestatal son inventos europeos, cuando en realidad, gran número de los estados de Asia oriental más importantes (Japón, Corea, China, Vietnam, Laos, Tailandia y Kampuchea) eran estados antes que cualquiera de sus homólogos europeos. Tampoco la idea de mercado nacional ha sido una invención occidental. A lo largo del siglo XVII China creó un imperio comercial, similar al holandés, extendiendo su área de influencia hasta Japón, Taiwán y la costa sureste del continente. Durante el XVIII la creación del mercado nacional en China constituyó para A. Smith el modelo de vía natural hacia la opulencia. Dicho proceso se ve truncado al imponerse la vía europea, que trataba de reconstruir el mundo en base a otros parámetros: mezcla de militarismo, industrialismo y capitalismo.

La incorporación subordinada de Asia Oriental al sistema europeo no se debió a la ventaja comparativa de la estructura económica occidental frente a su homóloga asiática. Es entonces cuando se produce, de manera intensa, la decadencia china que culmina con la guerra del opio y la conversión de China en un miembro subordinado y periférico del capitalismo global. Paralelamente tiene lugar en Japón la revolución Meiji que transforma también de manera estructural la realidad nipona, aunque en este segundo caso la política militarista e imperialista le vale una posición más preeminente en el contexto internacional hasta su derrota en la Segunda Guerra Mundial.

Tras la confrontación, los EE. UU. ocupan la posición de supremacía, inaugurando una nueva etapa que se diferencia sustancialmente de la anterior, sobre todo por el carácter mucho más militarista y por el establecimiento de nuevas relaciones de dependencia. Suponen que la potencia norteamericana proporciona protección a cambio del establecimiento de unas relaciones comerciales favorables para los vasallos. Este nuevo modelo, empezó a resquebrajarse con suma rapidez, a partir del triunfo de la revolución comunista en China y las guerras de Corea y de Vietnam. Posteriormente China se incorpora a las nuevas redes del comercio internacional y la inversión extranjera, inaugurando una nueva etapa del resurgimiento de Asia Oriental: la etapa de la reubicación de China en el contexto internacional.

Las reformas económicas que empiezan a aplicarse en China resultaban internamente atractivas por dos razones fundamentales:

- Les permitía a los cuadros y funcionarios del partido mantener sus privilegios sobre una base más estable.
- Posibilitaba una mejora del nivel de vida a la ciudadanía.

No obstante el desarrollo de la nueva economía manifiesta las fuertes contradicciones del sistema, reflejadas en el enorme crecimiento de las desigualdades de renta dentro del país, especialmente entre las áreas rurales y urbanas, así como entre las diferentes clases, capas sociales y provincias. Ante el descontento por esa situación se responde con una serie de movilizaciones, a las que se hace frente con una mezcla de represión y concesiones.

Ante el enorme empuje chino las estrategias de EE. UU. se mueven sobre tres escenarios diferentes:

El más desastroso sería el que reproduce el modelo norteamericano de principios del siglo XX, cuando el país se enriquecía cada vez más, apoyando y subvencionando a los países europeos que luchaban entre sí. La segunda estrategia implica cercar a China con una alianza militar encabezada por EE. UU. que reproduciría el esquema de la Guerra Fría. Una tercera estrategia sería la que plantea la integración china en el contexto internacional como uno de las grandes potencias en el contexto internacional y, por tanto, con poder y capacidad de decisión.

La inversión extranjera en China aprovechó la riqueza en recursos humanos, no sólo mano de obra barata sino también de alta calidad, medida en salud, educación y capacidad de autogestión. Ese potencial humano resultó heredero directo de una tradición

de economía de mercado que movilizaba, más que ninguna otra, los recursos humanos y protegía la independencia económica y el bienestar de los productores agrícolas.

Complementariamente se produjo un importante apoyo de empresas chinas, ubicadas en el exterior. Frecuentemente se argumenta que China viene aplicando desde los años 80 un modelo de socialismo reforzado. Sin embargo, Deng Xiaoping cuando se planteó como objetivo la economía nacional y la agricultura era realmente un discípulo de Friedman, tan fiel como por ejemplo lo fueron M. Thatcher y R. Reagan. El paso al capitalismo se produjo con el apoyo estatal, muy visible en la regulación, la educación, la inversión en I+D y el fomento de la competencia.

El ascenso asiático, especialmente aunque no únicamente representado en China, está propiciando la evolución hacia una nueva distribución de equilibrio o igualitarismo mundial, ya preconizada por A Smith. Poco a poco se está articulando un nuevo *Bandung*, capaz de movilizar y emplear el mercado global como instrumento de igualación de las relaciones de poder entre el Sur y el Norte. Los fundamentos de la antigua iniciativa fueron político-ideológicos y fueron tumbados por la contrarrevolución monetarista. Los nuevos fundamentos son económicos y por tanto más sólidos. Una manera de visualizar estos cambios se produce con la concentración de flujos excedentarios a Asia, que con anterioridad se dirigían hacia los países del Norte.

La obra concluye con un epílogo en el que se sintetizan las razones de la crisis terminal de la hegemonía norteamericana y del ascenso al poder del Sur que está abriendo paso a una etapa de mayor equilibrio entre Oriente y Occidente. El avance en esta senda plantea enormes incertidumbres entre las que destacan las medioambientales, ya que aún no se ha planteado un proceso de desarrollo ecológicamente sostenible.

En suma a través de este texto, extremadamente explicativo de algunos acontecimientos de la historia económica internacional, especialmente de China (la gran desconocida en nuestra sociedad) el lector se sitúa en una posición ventajosa para poder entender mejor los mecanismos en los que se basa la actual distribución de poder en el mundo. Igualmente alerta sobre las dificultades para seguir manteniendo el modelo de despilfarro de recursos vigente hasta ahora, a la vez que sugiere un cambio estructural de modelo.

MARÍA EUGENIA URDIALES VIEDMA